

## DISCURSO DE ACEPTACIÓN DE LA MANZANA DE ORO

Jose Carlos Fernández Rozas

Centro Asturiano de Madrid, 26 de abril de 2007

Las normas que rigen las disertaciones en este tipo de actos dejan escaso margen de actuación al homenajeado, que debe limitarse a expresar su agradecimiento a los responsables de tal distinción y su ausencia de méritos para ostentar el galardón, dedicando un tiempo razonable para justificar los valores de la tribu a su vinculación a la misma.

Comenzando, como es de rigor, por lo primero quiero expresar mi emoción más sincera por recibir en este acto tan entrañable (acompañado de tantos amigos a quienes les agradezco vivamente su asistencia) la máxima distinción que otorga el Centro Asturiano de Madrid y pasar a formar parte de la prestigiosa pumarada de Don Cosme. Una pumarada en la que figura un elenco de asturianos tal ilustre que siento que no me puedan acompañar en este acto, pues estarían profundamente conmovidos, otros preclaros hijos de Asturias como fueron mi abuelo José Fernández Buelta, riosellano y decano durante muchos años de la prensa asturiana, y mi suegro Rafael Pérez del Palacio, un marino de Morcín cuyo amor por Asturias y por el Real Oviedo llegó al paroxismo. Ambos sentían por nuestra tierra una vinculación que aumentaba con el paso de los años. Ello quizá prolongó su longevidad, en el caso de mi abuelo, centenaria. Por descontado no puedo ocultar el rubor que me ha producido la cariñosa presentación de mi buen amigo Fernando Castedo, pues aunque no suelo practicar determinados pecados capitales, como el de la pereza o el de la envidia, no he podido erradicar, aunque lo intento con el paso de los años, el de la soberbia. Fernando, como ha demostrado, tiene mucho más de asturiano que su cuarto parte por vía familiar. Gracias Fernando por tus cariñosas y excesivas palabras.

Lo que acabo de decir no me exonera del obligado capítulo de mis escasos méritos. Tan sólo diré que desde que hace 20 años que llegué a esta Villa y Corte he estado al tanto de mis cuotas como socio de este Centro y aunque no he podido participar en muchas de sus actividades, como hubiese sido mi deseo (sobre todo las clases de gaita para socios y acompañar así al tambor de Juan Luis Iglesias Prada), he procurado estar en los actos más significativos. Este es, sin duda, un mérito condicionante de la presente distinción.

Este Centro, sucesor del Centro de Asturianos de Madrid, como así se llamó hasta 1897, es una obra bien hecha, minuciosa y detallista, cargada de amor por las cosas de Asturias. Es la historia de la Casa Regional española más antigua que existe, y acaso la más antigua del mundo en el momento actual; por esta historia desfilaron situaciones, hechos y cosas que se dan la mano con las figuras más importantes de la historia de España de los siglos XIX y XX. En una época Posada Herrera, Campoamor, el Conde de Toreno, Melquiades Álvarez, Prieto Pazos, Barcia Trelles y un largo etcétera, nos hablan de todo aquello que hicieron por y para Asturias. Nombres a los que hay que añadir en una época más actual

a Pepín Fernández, Ramón Areces, Torcuato Fernández Miranda, Rodrigo Uría, Sabino Fernández Campo o Aurelio Menéndez. Estos últimos llegaron a constituir un grupo de presión en Madrid tan importante (el llamado “Gruppe”) que muchas cosas de Asturias (y no me refiero solamente a los premios que llevan el nombre del Príncipe) no pueden entenderse hoy sin su peso específico en la política nacional.

Hay amor, anécdotas y penas, honores y envidia. La institución asturiana de Madrid fue y es un centro de presión política desde el que se defendieron y defienden los asuntos del Principado. Por eso es una historia importante, es la historia de Asturias en Madrid y un pedazo de la historia del propio Madrid.

Pero el Centro también tiene su presente. La emigración vuelve a ser un fenómeno en Asturias. Algo adormecida tras los éxodos de los años 1940 y 1950, comenzó a repuntar a mitad de la década de los noventa, con la salida de entre 5.000 y 6.000 asturianos cada año. Pero en años posteriores se convirtió en un río caudaloso hasta llegar a los casi 11.000 éxodos de 2004, la cifra más alta en casi tres lustros. Esta vez la emigración asturiana no se centró en América y Europa sino que registró un continuo trasiego de asturianos rumbo a Madrid, que jamás pudieron utilizar la ya mítica doble vía de Pajares. Un trasiego que ya no contempla a aguadores, serenos, carboneros, conductores de simón, amas de cría y mozos de cuerda procedentes de Cangas del Narcea, Cabranes, Tineo o Villaviciosa, sino a profesionales en ansias legítimas de encontrar en la capital de España, siempre acogedora, una nueva tierra de promisión. No es el momento ahora de valorar las causas de esta diáspora, ni insistir en el escepticismo que produce desde aquí la consideración de nuestra Comunidad como región emergente. Es fácil, demasiado fácil y socorrido, detenerse en la contemplación del ombligo que representa el Paraíso Natural. Dejemos, pues, que sean otros y otro el momento de la reflexión sobre el fenómeno.

Puedo proclamar desde aquí que soy un prototipo de asturiano del exterior, pero no con menos arraigo que otros. Salvo un periodo, bien es verdad que el más importante de mi vida, ha estado fuera de Asturias, pero que nunca ha perdido mis raíces astures, como demuestra mi propio espíritu crítico: hablando de Asturias me viene a la memoria la frase de Luisón García San Miguel: “hablemos mal de los amigos, que eso une mucho”. Soy asturiano por los cuatro costados, por *ius soli* y por *ius sanguinis*. Mis abuelos paternos eran originarios de la cuenca del Piloña y del Sella y los maternos de la cuenca del Nalón. Ribadesella, Infiesto, Mieres y Turón son mis lares y Oviedo el lugar de nacimiento y de vivencias tanto académicas como familiares. Allí realicé mis estudios universitarios y me inicié en la carrera docente hasta la obtención de la Cátedra; allí me casé con una medio asturiana medio santanderina (nadie puede ser perfecto) y allí nacieron mis dos hijas que pese a los años en Madrid aún conservan, para mi consternación, huellas del peculiar deje de vestusta.

Pero mis primeros recuerdos no fueron asturianos. Cuando contaba tres años mis padres se desplazaron a Orense, sumido por entonces en el humo de los motores experimentales de Eduardo Barreiros, y dos años más tarde fijaron su residencia en un Bilbao, también ahumado, pero esta vez por la colada procedente de Altos Hornos de Vizcaya. Nunca perdieron el contacto con Asturias, donde me desplazaba con mucha frecuencia junto con mis hermanos, y recuerdo la ilusión que nos embargaba cuando cruzábamos en unos casos el Eo y en otros Tinamayor con destino a Oviedo o a Ribadesella. Había enormes carteles en la carretera que advertían al viajero de su fortuna, y a veces de su infortunio. “Asturias

te Saluda” (y a pocos metros los neumáticos del coche de mi padre pinchaban inexorablemente), “Oviedo, ciudad artística y monumental: atención a las señales de tráfico” o “Gijón y –con unas letras enormes- capital –y con caracteres apenas visibles- de la Costa Verde”. Fueron carreteras y paisajes conocidos casi palmo a palmo por la escasa velocidad que permitía el tráfico de los desvencijados camiones, por la agresividad asesina de los camioneros de la Rilsa y por las frecuentes averías de las tartanas que circulaban por entonces por nuestro país. No en vano a la salida de Colunga había un cartel que decía “Ruta en mal estado” al que el gracioso de turno había pintado de blanco el rabo de la r.



El exilio laboral de mi padre finalizó coincidiendo con la primera época de bonanza económica de España tras la guerra civil y la familia se instaló de nuevo en Asturias. El cambio del Instituto de Enseñanza Media (hoy Miguel de Unamuno) de Bilbao al Alfonso II “El Casto” de Oviedo fue para mí bastante traumático pues aunque ovetense de origen hablaba con fuerte acento bilbaíno y no tenía especial fervor por un Real Oviedo que en aquellos años experimentaba, gracias a la labor de Sánchez Lage, una cierta remontada en la tabla que recordaba los tiempos de Lángara, Emilín e Inciarte. Pero el mayor trauma era la temida reválida con los inefables D. Benedicto Nieto y D<sup>a</sup> Carmen Fauste como juzgadores implacables. Por afortunadas razones del destino realicé el bachillerato superior y el preuniversitario en el famoso Colegio (también llamado Reformatorio) Hispania de la calle Marqués de Gastañaga del cual, fuera de cualquier tópico, guardo una deuda entrañable que debo extender a su director D. Carlos Secades, quien me transmitió, junto a una sólida formación matemática, que desgraciadamente desaproveché como tantas otras cosas, un determinado modo de ver la vida que ha sido crucial en mi actividad futura.

La dura vivencia en el Hispania me preparó para enfrentarme a los peligros futuros pareciéndome, por ejemplo, mi paso por las Milicias Universitarias en el Campamento de Monte La Reina unas agradables vacaciones.



Tuve el privilegio de vivir y disfrutar los felices años sesenta en un ambiente desprecupado en el que (entre guateque y guateque, y los celebrados por el actual Fiscal Jefe de Asturias eran los más afamados) a veces se hablaba en voz baja de ciertas cosas que pasaban por las cuencas. Como gran parte de mis amigos me decidí por la carrera de Derecho condicionado por dos motivos, y no pongo jerarquía: la relativa facilidad de las pruebas, frente al sufrimiento de los que por entonces se enfrentaban al temido “selectivo” en las carreras de Ciencias, donde la exigencia de determinados profesores rayaba en el sadismo, y porque a Derecho acudía la inmensa mayoría de las bellezas locales. Ello tenía una importancia especial pues por aquellos años hasta la Universidad las enseñanzas no admitían la educación mixta.

Los estudiantes de la época estaban, en general, bastante bien formados. Infinitamente mejor que ahora. Habían tenido que superar dos reválidas eliminatorias, a los catorce y a los dieciseis años, en los pocos Institutos de Enseñanza Media habilitados para tal función y un difícil curso preuniversitario cuya superación abría una más compleja prueba de acceso a la Universidad ante Catedráticos de la misma; y tal carrera de obstáculos (la famosa selectividad se puso en marcha en 1974) quedaba en la práctica reservada a las clases burguesas hasta mediados de los setenta.

La composición social de cada grupo de enseñanzas de mañana registraba una inmensa mayoría de alumnos hijos de funcionarios, de profesionales y de comerciantes y dos o, a

lo más, tres alumnos hijos de trabajadores que por razones nunca explicitadas solían sentarse en las últimas filas. Este componente burgués se proyectaba en las tendencias políticas, bastante ingenuas comparadas con las existentes en Madrid o en Barcelona, aunque a raíz de la muerte de Franco se produjo una importante radicalización. Es cierto que la Universidad de Oviedo no era totalmente inmune a las corrientes que se iniciaron en Madrid y Barcelona en 1967 pero estas llegaron con cierto retraso. También la Facultad de Derecho fue escenario de los “juicios críticos” a determinados profesores que no siempre se caracterizaron por la sabia elección de los “acusados”.



Salvo excepciones, se trataba de alumnos y alumnas dóciles; gran parte de ellos aún llevaban corbata a clase y el uso los pantalones aún no se había generalizado en las féminas, que ocupaba los primeros bancos de las aulas, ya no eran invitadas a abandonar el aula cuando se explicaban determinados temas en Derecho canónico y comenzaba a dominar los primeros puestos de las promociones.

El Oviedo de aquellos años estaba compuesto por un conjunto finito de clanes cuya vida se organizaba a modo de una tribu, estando la individualidad en función del grupo; eran familias del “Oviedo de toda la vida” que marcaban para siempre jamás a sus miembros extendiéndose su tutela hasta los más alejados grados de parentesco, lo que propiciaba la profusión de guiones en unos apellidos que se resistían a desaparecer en la selva de los Fernández, los Álvarez, los Suárez o los López. Las gentes de los barrios de la Tenderina, la Argañosa, San Lázaro o Ventanielles no tenían presencia alguna en la Ciudad y sólo aparecían por el centro los domingos. Por eso los privilegiados habitantes de los alrededores al Campo de San Francisco pensaban que Oviedo se reducía al “de ellos” y que ellos constituían el “todo Oviedo”. Esto era especialmente perceptible en la asistencia a los cines: el Filarmónica, el María Isabel -luego Toreno-, el Roxi o el Asturias contaba con una concurrencia social muy distinta de la que acudía al Aramo, al Ayala o al Principado. Con la inauguración del cine Palladium, primer local de arte y ensayo, la sociedad ovetense comenzó a mezclarse a través de una cultura cinematográfica que se iba implan-

tando con dificultades pues la selección de muchas de las películas no contribuía a fortalecerla. Pero a diferencia de otras ciudades españolas, de carácter agrario o industrial, esta burguesía no era especialmente relevante en el plano económico: vivía de glorias pasadas intentando sobrevivir al progresivo desmantelamiento de Asturias. Intento vano, pues a los pocos años de la transición democrática la tribu quedó sobrepasada por otros estamentos sociales más pujantes, fusionándose los “oviedos” superpuestos, hasta quedar dominada por los pensionistas.

A diferencia de otras capitales, el ambiente levítico tenía un peso mucho menor en Oviedo, pese a contrastar con lo que acontecía en muchas zonas de la región donde la asistencia a misa era mínima y prácticamente nula por parte de los varones. Era una época marcada por la crisis que experimentó el clero secular y muchas órdenes religiosas no causando ya escándalo ver a los curas despojados de sus sotanas acompañados por sus novias. Dicha crisis también era manifiesta en la otrora pujante “Juventud del Carmelo”, ya de capa caída en los años setenta. Y en los bares de los alrededores de las Audiencias Provincial y Territorial podía observarse a la hora del aperitivo un estamento judicial con huellas de la actitud justiciera característica de algunos jueces que echaban por delante, y de modo ostentoso, una perversa máscara de severidad e incorruptibilidad.

A pesar de la represión y de la sesgada educación recibida durante cuarenta años de franquismo un sector de la sociedad, por descontado el más joven, despertaba culturalmente enfrentándose al inmovilismo de los esquemas tradicionales. Y ello era un sentimiento generalizado a lo largo y a lo ancho del territorio español. El talante conservador de la Universidad y de la ciudad donde tenía su sede fue cambiando a la vez que iba tomando cuerpo la oposición a la dictadura merced al esfuerzo de los partidos de izquierda con el indudable liderazgo del comunista.

El final de mi Licenciatura coincidió con la llegada a Oviedo del Profesor Julio González Campos, cuya fama de excelencia académica a veces quedaba sobrepasada por su extraordinaria exigencia calificadora. Si creyera en la predestinación habría de reconocer que, este caso, se trató de una predestinación feliz. Aunque yo ya me había inclinado por el Derecho internacional, su presencia en Oviedo condicionaría mi labor académica futura y mi formación posterior. Ello me permite proclamar con orgullo que soy discípulo de un solo maestro. Y otra predestinación feliz fue haber contado con dos condiscípulos Luis Ignacio Sánchez y Paz Andrés con los que he compartido un largo camino hasta que la denominada “Escuela de Oviedo” de Derecho internacional quedó sólidamente arraigada en nuestro país.

En aquellos tiempos los españoles estaban convencidos de que el franquismo duraría tanto como la persona de Franco pero también eran muy conscientes de que el futuro estaba lejos de ser esperanzador. Al igual que en otras capitales españolas desde la creación en Madrid del Club de amigos de la Unesco se producían en Oviedo toda una serie de “iniciativas culturales” que no eran sino un trasfondo de una honda actividad política que se estaba desarrollando todo el territorio español. Baste atender a las aparentemente inofensivas reuniones del Club Cultural de Oviedo, donde la brillantez de alguna conferencia de profesores de la Facultad hizo exclamar a Gustavo Bueno “¡Que bien hablan estos juristas!”, y las llamadas “Cenas del Fontán”. Qué duda cabe que el impulsor y cabeza visible de este importante movimiento fue José María Laso cuya labor. Dejemos que sea él quien nos cuente tal iniciativa

“Seguramente no existe un ejemplo semejante en ninguna otra provincia española. Las “Cenas del Fontán” las realizamos, a partir de otoño de 1973, en el Restaurante Aller de la calle Magdalena. Juan Benito y yo –fue una labor conjunta- nos dedicamos a dotar de asistentes a las citadas cenas y tuvimos en ello gran éxito, ya que conseguimos no sólo la asistencia de un nutrido grupo de profesionales, abogados, médicos, maestros, profesores, empleados bancarios..., sino también lo más progresista y destacado de la Universidad de Oviedo, entre los que descollaban los profesores Gustavo Bueno, Julio González Campos, José Carlos Fernández Rozas, Elías Díaz, Vicente Montés, Manuel Hidalgo, &c. Las cenas se efectuaban a las diez de la noche de los viernes. Generalmente, teníamos antes un conferenciante destacado en el Club Cultural de Oviedo que luego nos acompañaba a la cena.... La asistencia fue siempre muy nutrida y los debates muy vivos. Más tarde, a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos nacionales, las “Cenas de El Fontán” se convirtieron en una base de reclutamiento para los que iban a constituir los apoyos cívicos de la Junta Democrática de España”.



La discusión política no impedía la degustación durante la cena de unos contundentes platos que sólo digerían estómagos tan privilegiados como el de José M<sup>a</sup> Laso o del propio Julio González Campos: unas contundentes chuletas con patatas y pimientos eran el complemento de la especialidad del Aller: la “merluza a la importancia”, una peculiaridad a la cazuela que supervisaba en la cocina el propio Juan Benito Arguelles y que se caracterizaba por incluir una generosa porción de angulas. El propio Vázquez Montalbán se deshacía en elogios a tal maravilla gastronómica, aunque la euforia se eclipsó al ser obligado a pagar el prorrateo de los asistentes. Acaso por esta razón esta especialidad no figura en su famoso libro de recetas.

Cuando vinieron los años jubilares de transición todo el mundo blasonaba de su papel protagonista en la misma, al menos tan relevante como el desempeñado por el Rey Juan Carlos, Adolfo Suárez o Torcuato Fernández Miranda. Quien más y quien menos se proclama ahora poco menos como el verdadero artífice del paso de una dictadura a una democracia sin traumatismos ni venganzas. Se olvida muchas veces, sin restar un ápice al comportamiento heroico y fundamental de unos pocos, que en Langley, a orillas del Potomac, y no en Suresnes, se había diseñado un dispositivo al que se sumaron muchos oportunistas del cambio.

Fueron, en efecto, muy pocos los que tuvieron un papel mínimamente comprometido. Preciso es recordar que en aquellos años siempre que un profesor daba una conferencia fuera de la Universidad, el Jefe Superior de Policía contaba con un resumen de la misma, no precisamente objetivo en todos los casos por su deficiente preparación, de un agente de policía desplazado al acto con tal propósito. También es obligado recordar que en la

última etapa del franquismo el régimen no bajó en modo alguno la guardia y que la represión adquirió cotas que no se había registrado desde los años sesenta lo que provocó violentas manifestaciones en el extranjero que concluyeron, tras los cinco últimos fusilamientos del franquismo, con el incendio de la residencia oficial del embajador de España en Lisboa el 27 de septiembre de 1975. Para edulcorar muchos ciclos de conferencias era frecuente invitar a sacerdotes que acudían ingenuamente creyendo que teniendo dominado “su” medio, podían medirse dialécticamente con la oposición en ciernes. Pronto se daban cuenta de que se habían metido en una encerrona y acudían al socorrido tópico de que “se trata de un tema tan amplio que necesitaríamos cientos de horas para discutirlo mínimamente”. En cualquier caso la pujanza de estas nuevas manifestaciones de la cultura lograron eclipsar instituciones “oficialistas” de gran tradición como el Ateneo de Oviedo que por entonces presidía Fernández Canteli.

El eurocomunismo florecía en algunos países de Europa occidental y en España se daban las condiciones adecuadas para su implantación. No se trataba de una doctrina definida, sino del resultado de un proceso histórico gradual, de adaptación, que afectó a algunos partidos comunistas de las sociedades democráticas industriales. Dicho proceso suscitó un replanteamiento del legado revolucionario de 1917 y del estalinismo y una ruptura con el internacionalismo proletario tan vinculado al Estado soviético. El cambio fundamental radicó en la aceptación del pluralismo político, de los derechos y libertades individuales de las que hasta ese momento habían sido calificadas como “democracias burguesas”. Paralelamente, la irrupción de Comisiones Obreras, orientado por grupos comunistas, creó una nueva cultura sindical, alejada de la que impulsaron la CNT y la UGT, que utilizaba los canales de participación que el marco franquista permitía. Además, tras la “Revolución de los Claveles” de abril de 1974, el PCE tuvo una notable influencia en el movimiento estudiantil, en las fábricas y en muchas asociaciones vecinales. Recuerdo que la noticia la recibí en compañía de José María Laso en un desvencijado bar de la Plaza de la Escandalera, llamado “La viuda de Basilio”, mientras tomábamos el vino del mediodía acompañado de unas grasientas patatas bravas especialidad de la casa.

La larga agonía y posterior muerte del dictador produjo una eclosión de acontecimientos en todos los órdenes que hizo vivir muy intensamente a los españoles que tuvieron la oportunidad de presenciarlos. Fueron muchos los signos del cambio que se avecinaba, al margen del indulto general que, entre otras cosas, permitió salir de la cárcel a los condenados del denominado “Proceso 1001” entre los que figuraban Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius y Juan Muñoz Zapico. Yo más modestamente fui beneficiario del primer indulto pues, aunque por entonces también andaba yo en malos pasos, mi tarea opositora había sido mucho más modesta.

Tras la muerte del General Franco, en noviembre de 1975, las viejas barreras del régimen a la libertad comenzaron de hecho a levantarse y los partidos políticos, incluso lo que aún no estaban reconocidos, comenzaron a aparecer a la luz del día. Y ello se consiguió por fin, tras un periodo de transición bastante difícil, pues los partidarios de la dictadura todavía estaban en el poder, como resultado de las elecciones de 1977.

Desde una perspectiva política la sucesión entrañaba en sí misma la propia crisis del sistema franquista ¿cómo dismantelar el aparato estatal heredado? y el dilema se trasladó a la vía, continuista, rupturista o reformista, para salir de ella. Los siete meses del Gobierno de Arias Navarro fueron, sin duda, los más largos de la transición: un tiempo per-



dido en el camino de la democracia en el que los españoles, en su mayor parte despolitizados y desinformados, tuvieron un comportamiento ejemplar como también lo tuvieron los partidos de izquierda que, reconociendo la imposibilidad de una ruptura por no contar con fuerzas para ello y menos contra el Ejército, propugnaron una política de negociación. No debe olvidarse que para todos los “paísadictos” el nombramiento de Adolfo Suárez fue recibido con gran escepticismo. La síntesis falangista-opusdeísta del personaje hacía muy poco de esperar del personaje, antes de que entre los círculos más reaccionarios circulase la expresión “¡qué error!, ¡qué inmenso error! del ínclito historiador fascicular Ricardo de la Cierva. Pese a declaraciones tranquilizadoras como la famosa de “tenemos que elevar a categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal”, o al anuncio de una reforma constitucional, y a ciertos síntomas de cambio, como la concesión de la amnistía a los incursos en responsabilidades políticas durante el franquismo o el nombramiento de Aurelio Menéndez como Ministro de Educación, coincidiendo con la propuesta que le hiciera Eduardo García de Enterría, tras consulta a Rodrigo Uría, (el Gruppe, siempre en Gruppe) la transición se mostraba difícil y confusa pues el flamante Presidente carecía de programa propio. La desconfianza se manifestó en el rechazo, hoy a decir de sus responsables, inconsciente, en el *referendum* sobre el Proyecto de Ley Reforma Política de las heterogéneas fuerzas ahora agrupadas en la Plataforma Democrática.

Frente al clima paradisiaco con que hoy se suele describir el difícil proceso de transición a la democracia en España resulta obligado no olvidar ciertos hitos ilustrativos de que las cosas no eran ni mucho menos fáciles. Como una brutal respuesta al secuestro de Oriol y del Teniente General Villaescusa unos pistoleros de extrema derecha irrumpieron en el despacho de abogados laboristas de la calle Atocha, 55, asesinando a varios de ellos. Fracasado en su intento de que fuese el Poder Judicial en que decidiera la cuestión Suárez adoptó la medida más audaz de su trayectoria gubernamental: la legalización del Partido Comunista el 9 de abril de 1977. Los primeros pasos dados por Santiago Carrillo para reconocer a la monarquía parlamentaria colocaron a los comunistas españoles ante un futuro inmediato plagado de esperanzas, que no se cumplieron por los pobres resultados que el PCE obtuvo en junio de 1977 —el 9,3% de los votos y 19 escaños—, en marzo de 1979, hasta llegar al desastre de octubre de 1982, solo 4 escaños, que provocó la dimisión de su secretario general..

Un artículo de Ignacio Gallego :  
Las elecciones sindicales en el campo.  
de la pág. 3

Sobre la retirada de la delegación  
española de la asamblea del  
Consejo Mundial de la Paz.  
de la pág. 8

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS  
PAISES UNIDOS!

**Mundo Obrero**

ORGANO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

AÑO XXI — N° 11. 30 de mayo de 1971 precio: 8 ptas.

**Nuevas fuerzas de la cultura irrumpen en la lucha**  
**Pleno apoyo a sus acciones**

**NUEVAS** fuerzas irrumpen en el combate por los derechos profesionales y las libertades democráticas. Sus armas son las mismas de la clase obrera: la acción colectiva, la huelga, la solidaridad. Las mismas que hoy, en definitiva, sus motivaciones: la contestación de la política del gobierno de dictadura, la refutación de unas...

con las que los comunistas contamos para el combate por la libertad y el socialismo: las fuerzas de la cultura.

Se rechazan sistemáticamente sus reivindicaciones, se les niega el derecho a la organización profesional independiente, a la expresión libre en la prensa a la reu-

Por aquél entonces se desarrollaba la por entonces rimbombante “alianza entre las fuerzas del trabajo y de la cultura”. Mi condición de correligionario me permitió conocer a personajes señeros de la reciente historia política de Asturias como Horacio Fernández Inguanzo, Vicente Álvarez Areces, Gerardo Iglesias o Francisco Javier Suárez y colaborar, en la preparación de numerosos reglamentos de las instituciones regionales, dentro de la apasionante etapa de la pre-autonomía, y en la redacción de los primeros proyectos de “transferencia de competencias” del Estado a las Comunidades Autónomas que se estaban creando no sin dificultades. Este fue el contexto de mi pequeña participación en el plenario de la Comisión Redactora del Estatuto de Autonomía de Asturias. De éste que se podrían contar muchas anécdotas como el intento de sustituir la cruz de la bandera por un oso, en concreto el que se comió a Favila. No en vano, como decía Ramón Herrero Merediz, era un oso antimonárquico.

La transición que yo viví desde Asturias llevó a España a unas cotas de desarrollo sin precedentes y a ocupar un lugar adecuado en el concierto de las naciones. Pocos pudieron imaginar que la transición saliese tan bien, ni siquiera uno de los principales artífices que se sienta hoy a mi lado. Una transición en la que no puede olvidarse la entrega y la heroicidad ejemplar de muchas personas, de la clase obrera preferentemente, que sin hacer gala de ello en ningún momento, lucharon, se sacrificaron y hasta perdieron la libertad por una causa en la que creían firmemente y luego se disolvieron calladamente en la subsiguiente normalidad democrática. Por el contrario, los que basaron su actividad no en la militancia sino en el mero antifranquismo perdieron con la muerte del dictador gran parte de su papel social y su discurso quedó muy pronto envejecido. El dramatismo de esta situación puede resumirse con un dicho que comenzó a circular a comienzos de los ochenta: “contra Franco vivíamos mejor”.

Una transición ejemplar en el modelo de convivencia entre opciones políticas enfrentadas de la que fue buena muestra el homenaje que organizó a Rafael Fernández, el antiguo secretario de este centro Rutilio Martínez Otero. Dicha convivencia me permitió ampliar mi círculo de amigos y comprobar que la temida gran patronal sin ser un tigre de papel no era tan fiera como la pintaban. De ella surgieron amistades tan queridas dentro de la FADE como la del tristemente fallecido Valentín Antuña o la de mi entrañable amigo y maestro de tantas cosas el “capitán general con mando en plaza” Adolfo Carrocera.

Tampoco han sido fáciles el final de los años setenta y los comienzos de los ochenta, cuando me desplazé a Madrid a una acogedora Facultad de Derecho cuyo Decano perpetuo de cuya amistad me honro nos acompaña en este acto.

Nadie puede renegar de su tiempo y todos somos deudores de nuestras convicciones. En tiempos de mudanza, todo se tambalea; pero las biografías permanecen. En este sentido, la denuncia del comunismo totalitario no puede traducirse en una fascinación irresistible ante la economía de mercado. La solidaridad con los perseguidos y con los oprimidos, tanto en el Norte como en el Sur, continúa siendo urgente y es uno de los deberes prioritarios en el catálogo absoluto de los derechos humanos fundamentales. El ejercicio de las ciencias sociales no es, no debe ser, una mera tarea especulativa. Debe entenderse como una contribución para mejorar el medio social sometido a observación, mediante el compromiso del observador con unas opciones específicas.

En resumen: la vieja y siempre perseguida utopía de conciliar el rigor de la ciencia con el entendimiento de la política. Como afirmase el llorado Roberto Mesa, el que nunca se manchó las manos, carecerá por siempre de historia.